

ELECTRA

Revista semanal.

SUMARIO

La Casa de Nizgorri, por Ramón del Valle-Inclán.—*La cuestión obrera*, por T. Orbe.—*Los poetas de hoy*, por Antonio Machado.—*La estadística*, por José Nakens.—*Hora triste*, por Julio Pellicer.—*Los que explican: El catedrático Nebrija*, por Roberto Graslau.—*Literaturas regionales: Paisaje de Canarias*, por Angel Guerra.—*Pagana*, por Francisco Villaespesa.—*Interior* (comedia) de Maeterlinck.—*El caballero de la muerte*, por Jacinto Benavente.—*La política* por Roberto Castrovido.—*Días sin sol*, por Manuel Machado.—*El amor que pasa*, por Cristóbal de Castro.—*Mística*, por Juan R. Jiménez.—*Los libros y los hombres, La Goletera*, por Ramiro de Maeztu.—*La luna*, por Mayer Garçao.—*Nota de la semana*, por Adolfo Luna.—*En el confesonario*, por Pío Quinto.—*Ocaso*, por J. Sánchez Rodríguez.

REDACCIÓN

Calle de Argensola, 9.

ADMINISTRACIÓN

Espíritu Santo, 18, bajo.

MADRID

15 céntimos.

Electra.

AÑO I.

Madrid 30 de Marzo de 1901.

Núm. 3.

La Casa de Aizgorri.

(SENSACION)

Pío Baroja nos ha contado las postrimerías de «La Casa de Aizgorri» en un libro adusto é ingénuo, aldeano y grave: un libro lleno de murmullos y de imágenes misteriosas, como esos ríos humildes que se deslizan por las praderas, cual si buscasen ir siempre ocultos. Cuando yo leía «La Casa de Aizgorri» me figuraba escuchar el murmullo de una voz familiar; y me parecía que los sucesos del libro los iba refiriendo uno de esos viejos médicos de aldea que tutean y riñen á sus enfermos, que perdonan las visitas y hacen llorar á los niños cuando los besan con sus bigotes grises. Y la voz familiar, un poco áspera, pero llena de bondadosa franqueza, venía del misterio, y visviseaba su relato al amor del fuego, mientras la lluvia azotaba los cristales.

«La Casa de Aizgorri» es una casa hidalga y triste, con largos corredores oscuros y angostas ventanas de montante, donde se queja el viento lúgubrementemente. Las grandes salas entarimadas de nogal, austeras y silenciosas, guardan, con el perfume de las manzanas agrias y otoñales que maduran al sol puestas sobre el alfeizar de las ventanas, el recuerdo lejano de otras vidas. En el silencio de la noche, á las altas horas, Melchora la nodriza ha oído la voz de los viejos fundadores...

Cuando Pío Baroja estuvo en

aquella casa aún vivía D. Lucio de Aizgorri, un caballero achacoso, déspota y borracho, que olvidara la tradición hidalga y campesina de todo su linaje, estableciendo al abrigo de la solariega vivienda una fábrica de destilar alcoholes. La roja chimenea de ladrillos se perfiló sobre el cielo, más alta que el campanario de la aldea; el humo negro del carbón de piedra se mezcló con las nieblas del valle, y el rumor de la maquinaria inglesa con el rumor del molino patriarcal, donde el agua verde de la presa se plateaba al sol.

D. Lucio de Aizgorri, fué traidor al espíritu de su raza, y esto le trajo la desgracia. Yo creo que las voces misteriosas oídas á media noche por la vieja nodriza eran las maldiciones de Machín de Aizgorri, aquel hidalgo de la armadura que estaba retratado en la sala de respeto. Machín de Aizgorri había sido el fundador del mayorazgo. En los nobiliarios de Vizcaya tiene una leyenda bárbara. Cuentan que un día cogió prisionero á su enemigo de la casa de Gamboa y le cortó la cabeza y la llevó á la feria de Oñate. Melchora la nodriza, como todos los criados leales y antiguos, sabía historias y genealogías de la casa de sus señores, y solía referir la leyenda de Machín de Aizgorri igual que los viejos nobiliarios que ya nadie lee.

En el sombrío caserón, bajo los

ojos despóticos de D. Lucio, vive su hija. Tiene un hermoso nombre antiguo: se llama Agueda. Es una figura ideal que me hace recordar aquellas santas doncellas, hijas de empios centuriones. Siempre en estas guaridas de hidalgos hoscos y descreídos vive encerrada una mujer paciente y piadosa. Hila, borda, cose en el fondo de las grandes salas desiertas y melancólicas. Algunas veces, desde los caminos cercanos, se la ve cruzar por delante de las ventanas. Los pastores que llevan sus ovejas por los collados, también la han visto en el huerto echando maíz á las palomas.

Agueda tiene un santo anhelo. Ella quisiera convertir la fábrica en «Hospedería de Mendicantes», donde se recogiese aquella procesión de viejos y lisiados, de huérfanos y locos, que los sábados bajaba de los caseríos, é iba por el pueblo pidiendo limosna y salmodiando padrenuestros ante la puerta de los ricos. Era el de Agueda un sueño albo como las parábolas de Jesús. Y el pensamiento de Agueda acariciaba su sueño como la mano acaricia el suave y tibio plumaje de las palomas familiares.

Agueda vive en cristiana paz. Sus días se deslizan como esos arroyos silenciosos que parecen llevar dormido en su fondo el cielo que reflejan; y un día es igual al otro. Mientras sus manos se aplican á una labor mongil, y el dedal empuja la aguja, Agueda previene las siembras y distribuye las cosechas. Cuando baja al jardín trae la falda llena de espliego, que esparce entre la ropa blanca. En las vendimias escoge los grandes y dorados racimos para colgarlos del techo; y en la es-

quila de las ovejas, que ella ordeña, se apiada de los corderos blancos, y juega con ellos.

Su voluntad de niña llega hasta la fábrica, que su padre tiene abandonada, y registra los libros, y se obstina sobre las largas hileras de números que parecen los áridos caminos donde el pensamiento de las mujeres y los niños debe rendirse á la fatiga. Y después del día lleno de quehaceres humildes, silenciosos, cristianos, por las noches se arroja en su alcoba, y reza con fe ingenua al Niño Jesús que está sobre la cómoda vestido con túnica de seda blanca bordada de lentejuelas y abolorios. La paz familiar se levanta como una alondra del nido de su pecho, y revolotea por todo el caserón y canta sobre las puertas á la entrada de las grandes salas.

Hace ya muchos días que leí «La Casa de Aizgorri», y ese libro humano y triste ha dejado en mi espíritu una sensación de niebla y lejanía, cual si de niño hubiese oído hablar mucho de los Aizgorri, sin haberlos visto jamás. En las páginas más bellas es donde con mayor intensidad gusté esa impresión. Algunas veces creo que la muerte de D. Lucio me la contaron hace ya mucho tiempo, de noche, á media voz, en el silencio de la alcoba, estando convaleciente. Pero yo no he visto nada con mis ojos. Y todo el libro es así: una lejanía de niebla por donde pasan vidas de ensueño. Algo que me hace recordar los relatos de las abuelas: esos relatos que tienen una indecisión y un encanto que no tiene la vida!

R. del Valle-Inclán.

En el próximo número insertará ELECTRA artículos, cuentos y poesías de Blasco Ibáñez, Benot, Benavente, Gómez Carrillo, Valle-Inclán, Rubén Darío, Alfredo Calderón, Villaespesa, Baroja, Machado, Castro, Palomero, Orbe, Pellicer, Maeztu, León Roch, Luna, Rueda, etc., etc.

LA CUESTIÓN OBRERA

SALARIOS ALTOS

La miseria y las crisis comerciales é industriales, los dos grandes obstáculos para el progreso del bienestar y de la civilización, tienen una sola causa: el reparto injusto de las riquezas. Mientras la distribución de los productos siga dependiendo de leyes históricas, que llevan el sello de la iniquidad, el salario será una parte relativamente menor del producto nacional, á medida que la productividad del trabajo social aumenta. La economía burguesa suele esforzarse en demostrarnos que el obrero se queja de vicio, porque los salarios son hoy más altos que hace un siglo. El hecho es cierto en algunos casos; pero obsérvese que el tipo del salario no es alto ni bajo en sí, sino relacionándole con el estado económico de la sociedad y con los beneficios de la producción. Se trata aquí de un hecho moral tanto como de un hecho económico.

Supongámos un momento en el que los productos anuales de una nación pueden expresarse con el número 20, cuya distribución es como sigue: 6 (renta) á los propietarios que monopolizan el gran inmueble, el globo terráqueo; 6 (interés) á los capitalistas; 6 (salario) á los obreros, y 2 al Estado en forma de impuestos. En esta situación sobrevienen progresos importantes que duplican la producción hasta 40, que se reparten así: 15 al propietario, que pesca el pez más gordo por ejercer un monopolio inevitable; 12 á los capitalistas, 8 á los obreros y 5 al Estado. Por muy convencional que sea esta progresión nadie podrá negar que se aproxima á los hechos observados. Antes los salarios representaban el 33 por 100 de los productos; ahora sólo el 20 por 100. Y viene luego un nuevo progreso de la producción que distancia más los términos, y luego otro, y luego otro, y mientras el capital aumenta en progresión geométrica, el salario aumenta en progresión aritmética ó no aumenta de ningún modo, y así la miseria adquiere mayor relieve á medida que las artes progresan y se hace el trabajo más productivo.

«Hace treinta años—dice George—vi la California en sus comienzos; apenas había capitales; habitaban los naturales en chozas de madera, pero apenas vivían bien. Hoy San Francisco es una población rica, llena de millonarios; se levantan palacios por todas partes. El capital abunda y se acumula con una rapidez asombrosa; forman las calles moradas suntuosas y corren sin cesar coches magníficos por entre la masa sombría de miserables proletarios.»

Es un hecho doloroso la miseria del trabajador en plena prosperidad social; la injusticia aparece entonces más marcada, y en esos medios opulentos es donde la crítica del régimen es más acerba y donde germinan las más enérgicas rebeliones de las conciencias justas. Y nace una complicación de otro orden: en el momento que hemos tomado como punto de partida para la distribución de los productos, existe equilibrio entre la producción y el consumo; todo lo que se produce se coloca, con más ó menos dificultad, pero se coloca al fin. Si después la producción dobla y se conserva también la doble relación en el reparto de los productos, el equilibrio continúa, no hay crisis; pero no ocurre así. El obrero tiene el doble carácter de productor y consumidor, y por eso la injusta distribución del salario promueve efectos de índole diversa. Por su importancia numérica, la clase obrera forma la masa principal del consumo; mas como

no se aumenta su capacidad adquisitiva en la misma proporción que su capacidad productiva, sobreviene la crisis, sobran productos. Entonces se dice impropriamente que hay «exceso de producción», cuando lo que hay es exceso de injusticia. Porque si hubiese progresado el salario paralelamente al progreso de la producción, el trabajador compraría los nuevos productos, se proveería de tantas cosas de que carece, creándose una situación de bienestar y de verdadera riqueza. Los propietarios y capitalistas no consumen más productos que antes, porque de nada carecen y capitalizan su parte, más la que debía ir al trabajador, nuevo capital que emplean en producir artículos que irán á amontonarse á los almacenes, porque el obrero, principal consumidor, no tiene medios para comprar lo que la producción creciente lanza al mercado.

Una demostración práctica: se dice que la producción azucarera de España va á entrar en un período de crisis cuando las fábricas que funcionan ahora y las que están en construcción lleguen á producir las 90.000 toneladas de que son susceptibles. No debiera haber crisis por eso, porque apenas corresponden 15 gramos diarios por habitante. Si viene la crisis será porque hay muchos habitantes que no pueden comprar 15 gramos de azúcar. Elévense los salarios y está todo resuelto. El consumo de los capitalistas no puede influir nada, porque antes de las 90.000 toneladas consumían todo el azúcar que necesitaban. La solución está en la clase obrera, capacitándola para un mayor consumo. Este razonamiento parecerá de perlas á los azucareros, pero no desentrañarán la moralidad que de él se desprende hasta el punto de mejorar la situación de sus obreros dotándolos de mayor potencia adquisitiva, porque no sólo de azúcar vive el hombre, y no sólo es la crisis del azúcar, sino la crisis del hierro, y la crisis de los tejidos, y la crisis de los cereales, y la crisis de toda la producción la que se provoca con la sordidez que merma los salarios.

Sin invocar principios de justicia, que sería predicar en desierto, hay un interés común, de utilidad general, en la elevación de los salarios. Es el fomento del mercado natural en vez de buscar mercados artificiales, como son todas las empresas de colonización que acometen hoy las grandes potencias industriales. Mas ¿dónde hallarán compradores si está en unas mismas manos el producto y los medios de adquirirle? Un régimen económico donde el trabajo se paga vilmente es un círculo vicioso. La masa recibe en cambio de su trabajo una nutrición insuficiente; todo lo demás está de sobra.

A un período de febril producción sigue otro de laxitud; los productos no se venden; viene la reacción; la producción se detiene hasta que se restablece el equilibrio, y vuelta á empezar. Este flujo y reflujos de las crisis se renovará incesantemente. No se piensa en la falta de potencia adquisitiva de la masa por insuficiencia de los salarios. Parece que se produce para la luna.

La colonización es hoy una esperanza; mañana será una decepción más. Y entre una multitud desprovista de todo se alzarán la montaña de los productos destinados á un comprador mitológico que habrá de venir de un planeta vecino.

LOS POETAS DE HOY

I

Desde la boca de un dragón caía
en la espalda desnuda
del mármol del Dolor
(de un bárbaro cincel estatua ruda),
la carcajada fría
del agua, que á la pila descendía
con un frívolo erótico rumor.
Caía lentamente,
y cayendo reía
en la planicie muda de la fuente
al golpear sus gotas de ironía,
mientras del mármol la arrugada
(frente
hasta el hereúleo pecho se abatía...
En el pretil de jaspe, reclinado,
mil tardes soñadoras he pasado,
de una inerte congoja sorprendido,
el símbolo admirando de agua y pie-

(dra,

y á su misterio unido
por invisible abrazadora hiedra.
Aún no comprendo nada en el sonido
del agua, ni del mármol silencioso,
al humano lenguaje he traducido
el convulsivo gesto doloroso.
Pero una doble eternidad presiento,
que en mármol calla y en cristal
(murmura

alegre salmo y lúgubre lamento
de una infinita y bárbara tortura.
Y doquiera que me halle, en mi me-
(moria,

sin que mis pasos á la fuente guíe,
el símbolo gigante se aparece,
y alegre el agua pasa, y salta y ríe,
y el ceño del titán se entenebrece.
Y el disperso penacho de armonías,
vuelve á reír sobre la piedra muda;
y cruzan centellantes juglerías
de luz la espalda del titán desnuda.

**

Hay amores extraños en la historia
de mi largo camino sin amores,
y el mayor es la fuente,
cuyo dolor anubla mis dolores,
cuyo lánguido espejo sonriente,

me desarma de brumas yrencoras.
La vieja fuente adoro;
el sol la surca de alamares de oro,
la tarde la salpica de escarlata
y de arabescos mágicos de plata.
Sobre ella el cielo tiende
su loto azul más puro,
y cerca de ella el amarillo esplende
del limonero entre el ramaje obscuro.

**

En las horas más áridas y tristes
y luminosas deajo
la estúpida ciudad, y el parque viejo
de opulento ramaje
me brinda sus veredas solitarias,
cubiertas de eucaliptus y araucarias,
como inerte fantasma de paisaje.
Donde el agua y el mármol, en es-
(trecho

abrazo de placer y de armonía
de un infinito amor llenan mi pecho,
donde soñar y reposar querría,
libre ya del rencor y la tristeza,
hasta sentir sobre la piedra fría,
que se cubre de musgo mi cabeza.

II

Siempre que sale el alma de la obs-
(cura

galería de un sueño de congoja,
sobre un campo de luz tiende la vista
que un frío sol colora.
Surge el hastío de la luz; las vagas,
confusas, turbias formas
que poblaban el aire, se disipan,
ídolos del poeta, nebulosas
amadas de las vísperas, carmíneas
que un sueño engendra y un oriente
(borra.

Y á martillar de nuevo el agrío hierro
se apresta el alma en las ingratas
(horas

de inútil laborar, mientras sacude
lejos la negra ola
de misteriosa marcha,
su penacho de espuma silenciosa...
¡Criaderos de oro lleva
en su vientre de sombra!...

Antonio Machado.

La estadística.

Me encanta.

A no ser por ella, podrían los clericales hacernos creer que el catolicismo influye en la moralidad.

No tropiezo con una estadística que no desmienta tal afirmación, sea de la época que fuere. Ahora tengo á la vista una de los homicidios perpetrados allá por los años del 50 al 54, en que la reacción imperaba en toda Enropa, y á fe que es edificante.

La publicada en Inglaterra, correspondiente al año 51, arroja *cuatro homicidios* por cada millón de habitantes. Esto en Inglaterra y el País de Gales, cuyos habitantes *no son católicos*; en cambio, en Irlanda, donde *lo es la inmensa mayoría* de los habitantes, da un promedio anual de *treinta y tres homicidios* por millón.

Véase el *promedio anual* en las otras naciones, sacado de datos oficiales en los años 1850 al 1854:

PAÍSES	RELIGIÓN QUE ÉSTOS PROFESAN	Homicidios por cada millón de habitantes.
Bélgica	Católico-Romana	19
Francia	Idem	31
Austria	Idem	36
Baviera	Idem	68
Cerdeña	Idem	20
Lombardía	Idem	45
Toscana	Idem	56
Sicilia	Idem	90
Estados Pontificios	Idem	113
Nápoles	Idem	174

No figura España en esa estadística; mas sabiendo cómo las gastamos por acá en esto de escabechar hermanos Cristo, se puede bien deducir que ocuparíamos el lugar intermedio entre los Estados Pontificios y Nápoles.

Y si á tal puesto teníamos derecho en 1854, que no había frailes aquí, ¿á cuál no podríamos aspirar hoy que hay tantos? Al primero, sin disputa.

Bien mirado, se comprende que el católico escabeche al católico. Si la carne es la pecadora, ¿qué mal hay en abrirle al prójimo un agujero en la piel para que el alma salga libre, feliz é independiente de aquel vaso de podredumbre y se remonte al cielo?

Me parece que esto es ortodoxo y filosófico, y hasta de sentido común.

HORA TRISTE

À Juan R. Jiménez.

¿Te acuerdas?... Con el ímpetu que la saña presta, la muerte, soberana inflexible, deshojó una vida embriagada por el beso divino de la esperanza...

Tú y yo, ajenos al bullicio de las calles, presos de una laxitud grande, sintiendo repugnancia á bañar el alma en la placidez de aquella tarde, enmudecidos seguíamos la carroza del muerto. Tú, viejo sibarita del dolor, ibas dominado, como siempre, por intensa melancolía. Yo sentí borbollar en el cerebro, remembranzas múltiples, desilusiones amargas, idealidades vagas cual los delirios de un sueño... Era que principiaba, con burbujeo loco, la fermentación de mis pesadumbres.

Entregado á la voluptuosidad de la tristeza, quise aquilatar, una por una, las penas que iban carcomiendo mis alegrías con la eficacia de un ácido muy activo. No pude, y dejé que mi afección se aferrara al recuerdo más truculento, al más poderoso, que siempre, en la vida del espíritu como en la vida social, por ley egoísta, los grandes demandan para ellos una preponderancia excesiva que hace postergar á los pequeños... El recuerdo preferido ahuyentó á los otros, y enseñoreándose de mi alma, gozóla con apetito inmenso, como de satíriaco, hasta darse una hartazón brutal.

Zarandeábanse nuestros cuerpos á impulso del traqueteo brusco del coche. Tus ojos, tan pronto se posaban en los rótulos de las tiendas, como en el desgaire de una chula bonitísima, como en los puestecillos de las aceras, como en el corro de supérfluos que oían, muy regocijados, las notas estrepitosas de un organillo... Los míos se detuvieron un momento en el cogote sudoroso del auriga, y bucearon luego, allá, en el fondo de la calle de Toledo, que traspuso la comitiva lentamente.

En la atmósfera flotaba el olor penetrante del gas...

Los coches rodaron por una carretera recta, llena de polvo, festoneada de arbustos canijos y sin frescura; diríanse que vivían para confirmar la ilusión de Becquer: *por el camino que pasan los muertos, hasta los árboles y las hierbas toman al cabo un color diferente.*

Avanzamos por la siniestra carretera.

Las aguas del Manzanares fulgían con el brillo de un acero; en algunos sitios mostraban el tono purpúreo de los resplandores ígneos que preceden siempre á la desaparición del sol. Las ropas tendidas en las márgenes del río, se me antojaban blancas palomas muertas... Un grupo de árboles retrataba, en los callados cristales, la masa negruzca de sus copas, lacias, amarillentas, inmóviles, sin esa sobertía actitud de las que pretenden escalar alturas remotas, sin pájaros que los estremecieran, sin ecos de la canturía blanda de las hojas. Solemne silencio pesaba sobre aquellas perspectivas monótonas de campos llanos, feotes, limitados por áridos contornos, cubiertos sólo por manchas de verdor diverso, desconocedores de la pompa regia de los sotos fecundos.

Acicateados por la tristeza del paisaje — peligrosa para los que llevábamos el corazón retorcido por hondo desconsuelo —, cerré los párpados

sin esperanza de vislumbrar algo, muy alegre, que me arrancase del abatimiento en que iba sumido.

Rodaba perezosamente el coche... De súbito, con agilidad de acróbatas, lo asaltaron unos rapazuuelos, pobres gorrioncillos inquietos, condenados, por la impiedad de la suerte, á buscar, en el arroyo, migajas con que llenarse el buche.

—¡Una perrita para la Cruz de Mayo!... ¡Para la Cruz de Mayo!—nos dijeron con voz gemidora, en tanto que nuestras curiosas miradas se cruzaron con las suyas... Rebotaron en el suelo las monedas, pedidas con la terquedad del que solicita perentorio auxilio. ¡La Cruz de Mayo! Sí; eran las fiestas de la Cruz. Una muy pequeñuela, hecha de rosas mustias y jaramagos en flor, se erguía sobre un montón de piedras, á dosada al zócalo de sucia casuca, que aboféteaba el rostro con el hálito nauseabundo de la miseria grande.

Como el enamorado que sueña despierto con las caricias mimosas de su grácil niña, así, al ver aquella crucecita, soñé con las bellezas de nuestra tierra, ávido de aspirar las fragancias de los azahares que la incensan, deseoso de que las lumbres de su sol hiriesen mis retinas.

A través de sierras esquivas, de campos cubiertos por el manto polícromo de la primavera, de bosques rumorosos, de valles fértiles, de riachuelos presos entre juncos y adelfas florecidas, columbré el caserío de una ciudad andaluza, resplandeciente de blancura. ¡Cuántísimo alborozol! Allí, en los patios tapizados por la maraña de jazmineros y heliotropos, destacándose sobre la seda rica de los pañolones filipinos, había mil altares en cuyo centro se alzaban las cruces de Mayo; pero unas cruces recamadas de gemas valiosas y de flores lozanas. En torno de los altares, mujeres con magnetismos en las pupilas negras; con manojos de claveles en el seno abultado; con una majestuosidad de diosas, reían alegres y bromeaban juguetonas como gatitos traviosos. Y á las vibrantes sonoridades de una guitarra, uníanse las cadencias de una copla ardiente... Deslumbrado estaba por la mágica escena cuando nuestro carruaje se detuvo ante las paredes del cementerio, y en mis oídos penetraron los sonos de la campana, lentos, fríos, como quejidos de plañidera que cobra su lloro... En el remate de la torrecilla, donde anida el bronce atormentador, recorciándose sobre las coloraciones del crepúsculo, abría sus brazos una cruz de Lierro, la triste cruz del martirio.

La sacudida bárbara de la realidad, hizo recomenzar mi angustia. Tú, más sombrío que nunca, entraste febriciente en la mansión donde reina la soberana indefectible del silencio... ¿Te acuerdas, poeta?

Julio Pellicer.

EL CATEDRÁTICO NEBRIJA

Nació conjugando un verbo siríaco *de la sexta clase*, y no ve más allá de un pluscuamperfecto. Es neo, muy neo, y preside uno de esos enjambrados de *koscas* fracturados. De aquí su suavidad en el trato, su voz meliflua, su mirada falsa y su... suerte. De aquí también que una tarjeta episcopal para él sea una recomendación decisiva.

Su alumno prototípico é ideal debe ser, por lo menos, Luis, y favorito del P. Sanz.

Explica gramática, macha gramática... Caldea ó hebrea ó *tcheque*, la cosa es igual. Lo que no hace es enseñar un idioma. Por regla general lo que se consigue en su clase es que, á fuerza de darle al caldeo ó al siro-babilonio, termine el discípulo por olvidar el poco castellano que sabía. Lo esencial en su cátedra es la repetición monótona de unas mismas palabras hasta que se sueña con sus horribles sonidos...

Es torpe y machacón á la vez. Sus explicaderas á lo Sancho, secas como las lenguas que explica é iguales hoy que hace veinte años, salen rápidas como con aventadera y se pierden en el vacío. El alumno se aburre y siente la nostalgia del aire, de las cosas hermosas y útiles y del sentido común... Y abandona la clase, y no pocas veces la carrera donde se enseña de aquel modo.

En este respecto el Catedrático Nebrija resulta conveniente, porque impide la propagación de doctores, que ya va siendo dañina.

Su gramática se reduce á una especie de *Summa* filológica, á una colección monstruosa de reglas y casos y contracasos y contrarreglas, que asustan. Al final, el alumno encuentra aquello horrible. La algarabía filológica le llega á producir vértigos.

Toda la ciencia del Catedrático-Nebrija huele á eso que huelen los paños y las arcas del Museo Arqueológico. Estudió en algún seminario y en aquellas deliciosas gramáticas, escritas en verso, de las cuales el celeberrimo Bardón, aún sentía la nostalgia... En aquellas gramáticas que decían, por ejemplo, hablando de los caracteres especiales del dialecto jonio

«El Jonio resuelve y dulce omite,
consonantes ó la *ápsilon* admite.
La *eta* cambia en *a*; da en *si* el dativo
y añade *iota* ó la destierra esquivo, etc.»

Estos versos son contemporáneos de los tiempos en que toda nuestra pedagogía estaba reducida á las célebres palmetas con que nuestros dómínes lograban meter en la cabeza á nuestros bisabuelos las reglas del silogismo ó el *Aras poético* con comentarios... Entonces bastaba esto; pero ¿hoy?

Sin embargo, el Catedrático-Nebrija no se mueve. Con que sus alumnos tengan memoria y voluntad, basta. El se encargará de que pierdan el entendimiento. Se le oye hacer elogios de alumnos de otros tiempos que lograron aprenderse el Deuteronomio hasta con notas y con la censural

Roberto Greslou.

LITERATURAS REGIONALES

PAISAJE DE CANARIAS

Era triste, monótono, el viaje á través de aquella soledad de desierto, y, sin embargo, me encantaba mucho, al punto de surgir de continuo en mi memoria la visión del paisaje con sol.

Desde lo alto de la colina, á donde como una avanzada de un pueblecillo medioeval, con sus campanarios conventuales y su castillo roquero, se asomaban los molinos de viento, con las velas henchidas en las aspas, volteando chirriantes, y una ermita coronada por una cruz, con un brazo roto, desde esa cima me gustaba mirar hacia abajo, hacia la llanura inmensa, antes de comenzar la jornada, larga, fatigosa, por aquella planicie retostada, borrada toda huella de camino, demandando al azar el arribo á las chozas de pescadores de la playa, sin más guía en medio de los arenales que el olor á aves marinas que venían de los caletones lejanos, el ronco monólogo del mar en los peñascales de la costa y de tarde en tarde la latina vela de alguna barquilla, ligera y blanca como gaviota, que retornaba al varadero, trapeando la lona, con ráfagas ventosas en medio de la calma del mar.

Allá, muy lejos, recortando el paisaje, quedaba á la espalda la lava volcánica, los montones de piedra negrísima, con su aspecto desconsolado, de algo muerto, y comenzaban en seguida las llanuras estériles, la sábana de arenas doradas y movibles en extensión que no dominaban de un golpe los ojos, las dunas inmensas, los médanos con sus penachos y remolinos de arenas, que cuando las empuja el viento corren como una tromba toda la extensión desierta, azotando los arbustos, tostando los coderos salvajes, enterrando las tabaibas esqueléticas, vegetación parasitaria y triste de estas estepas yermas; dos ó tres cortijos alzaban sus paredones sucios, diseñando en el aire, parduseos de color, los contornos cónicos de los *pajeros*, hieráticos, envejecidos; los declives de las colinas que limitan la llanura, desnudos, sin árboles, desprovistos de casas, bañados en un tinte calcáreo de la costra de sierra tiñosa y reseca, y sólo á lo lejos, en una lontananza azul, en una vertiente, en una rápida enercujada de los montes, rompiendo la monotonía melancólica de estos parajes, surge la mancha alegre de un caserío con las tapias blancas, las palmeras con sus penachos verdes de abanico y las chumberas morunas tatrigando las cercas; pero en el centro, en la tierra baja, siempre los arenales, sin veredas, sin rastros de pisadas, lúgubre y silencioso, donde los camellos, lentos y con pereza, hunden las plantas con ritmo sonnolento, y los rebaños de cabras y los hatos de carneros pastan amodorrados ó caminan torpes, trabajosos y en demanda de los abrevaderos, junto á los pozos, mientras las avutardas, viajeras soleadas del desierto, aletean fatigosas, corriendo á través de los campos calcinados. De tarde en tarde rompe el silencio de los arenales el ladrar carleante de los mastines, al par que graznan en lo alto los cuervos fugitivos.

Todo en derredor, á nuestro paso, callado, sin una sensación de vida, espantándonos, cuando lo atravesamos solos, la desolación del paisaje muerto, soledoso, sin clamores; pero inundado de luz, bañándolo crudamente el sol.

Y así, horas y horas, siempre igual, interminable la llanura, que nos hace parecer eterno el viaje, olfateando siempre en el aire la ruta, hasta que, de pronto, al término del valladar de arena, de la inmensa duna que circunda, como una franja dorada, la costa, descubrimos los peñascales marinos, los caletones ribereños con sus charcas de aguas mansas, las playas aplaceradas, de mullido lecho, donde las olas resbalan canturreando oraciones, cubriéndose de espuma; las chozas de los pescadores, con los palos de las barcas descansando sobre las paredes, con los techos cubiertos de cebos negruzcos, y en la rada las lanchas al socaire de las peñas fondeadas; otras, las viejas, con su costillaje al sol, á un lado del varadero, y las barquias de altura de mar fuera, con su vela blanca triangular, desliziándose al ras de las ondas, y luego, á un lado, bastante distantes, los riscos salvajes, con su rápido cantil tajado sobre el mar y sus picachos y sus cresterías, volados sobre el abismo, cuyos perfiles se esfuman á lo largo en el inmenso horizonte, donde surjen, de en medio de las aguas azules, tranquilas, las bajas coronadas de espuma, y más al fondo las siluetas gallardas, sugestivas, evocadoras de los islotes desiertos.

Angel Guerra.

Pagana.

El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.
La onda azul al morir suspira queda,
gorjea el ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ébrio de amor, muje salvaje
en la sombra nupcial de la arboleda.
Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala, cándido abanico,
acarició los senos y el cabello.
Leda dió un grito y... se quedó extasiada...
y el cisne levantó rojo su pico,
como triunfal insignia ensangrentada.

Francisco Villaespesa.